

An abstract, high-contrast black and white image featuring a large, dynamic splash of black ink or paint against a white background. The splash is composed of various swirling, billowing, and trailing forms, creating a sense of movement and depth. The ink is most concentrated in the center and upper right, with thinner, wispy trails extending towards the top and left edges.

un
Dios
sin
agregados

margaret feinberg

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.



UN DIOS SIN AGREGADOS

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2009
Miami, Florida

©2009 por Margaret Feinberg

Publicado en inglés con el título:

The Organic God

Copyright © 2007 por Margaret Feinberg

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan.

Traducción: *Marcela Robaina*

Edición: *Carlos Peña*

Diseño interior: *Cathy Spee*

Adaptación de cubierta: *Pablo Snyder*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO,
EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.
© 1999 POR LA SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN: 978-0-8297-5169-7

CATEGORÍA: Vida cristiana / Crecimiento espiritual

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12 ❖ 6 5 4 3 2 1

Contenido

.000	Luminiscencia	7
.001	Un apetito orgánico	11
.002	De gran corazón	23
.003	Impresionantemente hermoso	39
.004	Abrumadoramente sabio	51
.005	Inusitadamente locuaz	73
.006	Absolutamente infalible	89
.007	Descomunalmente generoso	107
.008	Increíblemente testarudo	123
.009	Abundantemente bueno	135
.010	Profundamente misterioso	149

Música para «Un Dios sin agregados» 167

Meditaciones para los días lluviosos 171

Tras bambalinas 187

Mis herramientas 195

En comunidad 197

.000 Luminiscencia



La aurora boreal titilaba con todo el misterio y el encanto de un arco iris nocturno en el cielo. Bajo el cielo estrellado, Kacy y su esposo Toby disfrutaban de una bien merecida escapada en su Tollycraft celeste, una lancha de doce metros de eslora, anclada cerca de la bahía Auke, en Alaska. Sentada en la cubierta de su lancha, Kacy miró hacia el mar y le llamaron la atención unos diminutos y misteriosos destellos de luminiscencia. Esta luz mágica se conoce como bioluminiscencia, la propiedad de algunos organismos marinos de producir luz como resultado de la oxidación de un sustrato molecular, la luciferina, por un catalizador, la luciferasa. La energía de esta reacción química se libera como una brillante luz verde-azulada.

Sin embargo, frente a las maravillas naturales, Kacy, al igual que muchos de nosotros, no estaba interesada en una clase de ciencias. Ni siquiera le importaba saber cómo se llamaban esos destellos misteriosos. Estaba demasiado cautivada por la belleza del momento.

Kacy tomó el mango de una escoba que estaba apoyado en una esquina de la lancha, movió el agua, y observó con regocijo cómo el mar volvía a la vida con todo su trémulo y secreto esplendor. «Nunca me dijiste nada», le recriminó a su esposo con un tono mordaz e incrédulo. Criada en Michigan, hacía más de cuatro años que vivía en la ciudad cos-

tera de Juneau, en Alaska, pero nunca había presenciado esta luminosa maravilla.

Una semana después de su escapada, Kacy todavía estaba sobrecogida por su descubrimiento. Mientras me refería la experiencia, me preguntó:

«¿Sabías de esto? ¿Conocías el fenómeno?». Sonreí recordando el entusiasmo que sentí de niña la primera vez que vi la luminiscencia. Fue un momento inolvidable junto a mi madre, mientras ella me explicaba con dulzura cómo estas luciérnagas marinas son organismos con vida. En aquella ocasión sentí nacer algo dentro de mí que no puedo explicar bien. Han pasado muchos años, y todavía abrigo el mismo sentimiento de deslumbramiento infantil siempre que pienso en la luminiscencia.

Descubrir algo nuevo que representa todo lo que es bueno, verdadero y hermoso despierta algo dentro de mí. Tal vez sea mi corazón que clama por el Creador o tal vez sea el Creador que me atrae hacia él. No lo sé, pero dichos encuentros me recuerdan las muchísimas cosas que quedan por hacer, experimentar y conocer... no solo acerca de mi mundo sino sobre Dios.

Este libro pretende llevarte en un viaje e iluminar la belleza de Dios en tu vida. No tienes más que abrir los ojos y mirar algunas de las cosas que él viene haciendo, y en las que tal vez no has reparado o de las que nadie te ha contado. Mi esperanza y mi oración es que, por medio de estas páginas, te vuelvas a enamorar de Dios, como si fuera la primera vez, y que reavives una parte de tu vida mientras brillas con todo el esplendor de su designio.

Bendiciones,
Margaret

.001 Un apetito orgánico



Una cosa fue que mi padre judío se casara con mi madre no judía. Otra cosa completamente distinta fue que, cuando llevaban ocho años casados, ambos se convirtieran en cristianos con menos de un mes de diferencia. Digamos que la decisión no le cayó muy bien al lado judío de la familia. (Piensen en la película *Mi gran casamiento griego*, pero sin el final feliz). Fui concebida al mes de su conversión, y antes de que mis padres cumplieran un año como cristianos, me dieron la bienvenida a un mundo de tensión religiosa. Era imposible que lo supiera, pero fui el pegamento que mantuvo unida a la familia, porque, a pesar de lo molesta que mi abuela judía estaba con mi padre, no renunciaría a su única nieta.

Como resultado de los diferentes orígenes familiares de mis padres, me crié en un hogar cristiano con matices de judaísmo. Para que se hagan una idea: con sopa de bolas de *matzha* para la cena de Navidad. Nunca podía saber cuántos regalos recibiría de mi abuela judía, si me sacaría la lotería y recibiría un montón de regalos para Hannukah —la fiesta judía de las luminarias— o si recibiría un gran regalo como un reconocimiento involuntario de la Navidad, incluso si venía envuelto en un papel con motivos de la fiesta judía. La confusión terminó cuando mi abuela comenzó a darme ese detalle que engloba todo mi legado judío: un cheque.

En el curso de los años logré aprender unas pocas palabras en yidis, desarrollar un estafalario sentido de humor judío y heredar un indiscutible desenfado temerario. Quería saber cómo estos mundos aparentemente tan opuestos en mi niñez podían llegar a congeniar. También anhelaba conocer a Dios. Esta avidez no era un simple antojo, sino más bien una parte integral de mí, como una secuencia de la cadena de ADN, aunque pasaron muchos años antes de que se manifestara plenamente. Mi primera interacción con las Escrituras no obedeció a un anhelo por conocerlas, más bien fue producto de la desesperación. Sufría unas horribles pesadillas, del tipo de las que no se olvidan ni siquiera cuando se es adulto.

Era una tarde soleada y soplaban una fresca brisa, yo pescaba en un arroyo que corría por un bosque de arces y robles. Sentada sobre la margen cubierta de musgo, sostenía en mis manos una fina caña de madera. Sentí el tirón en la línea y el inconfundible arrebató de la excitación. Comencé a levantar la caña, que se arqueó con el peso de la presa. Sin nada que lo presagiara, un enorme tiburón de ojos saltones, con enormes y afilados dientes amarillentos, saltó del agua y se abalanzó sobre mi rostro.

Desperté, agitada. El corazón latiendo a mil. El cuerpo cubierto de sudor. Sabía que los tiburones no saltaban de los arroyos ni se comían a la gente, pero ahora no estaba tan segura. No quería volverme a dormir. ¿Y si tenía una pesadilla peor?

Estos terrores nocturnos continuaron durante meses. Mis padres me abrazaban. Oraban por mí. Me consolaban cuando escuchaban mis gritos. Pero los sueños seguían hasta que hice un descubrimiento personal. De alguna manera, me di cuenta de que si leía la Biblia antes de acostarme, dormía plácidamente. Era una ecuación extraña:

Biblia antes de dormir = Ninguna pesadilla

La idea parecía tener mucho sentido cuando tenía ocho años. No podría explicar por qué funcionaba, pero sabía perfectamente que servía. Y cuando la alternativa es enfrentarse a tiburones carnívoros, ¿qué no haremos para librarnos de ellos?

Dos décadas después, a veces me siento tentada tratar de minimizar esta cura milagrosa al pensar que no fue más que un fenómeno singular o una mera coincidencia, pero el hecho es que esas lecturas vespertinas hicieron que Dios fuera más real y personal en mi vida. Me conmueve saber que Dios puede sembrar con tanta ternura y cariño la sencillez de la fe en un niño. Y quedo deslumbrada cuando me doy cuenta de que me preparaba, desde entonces, para conocerlo mejor.

En algún momento, la lectura de la Biblia se convirtió en una actividad placentera y dejó de ser un simple antídoto para las pesadillas. Las historias de reyes y reinas, de profetas y peregrinos cobraron vida y, por supuesto, Jesús hombre cautivó tanto mi corazón como mi imaginación. ¿Cómo era? ¿Cómo era el sonido de su voz? ¿Cómo eran sus manos? Quería saber.

Hubo también un par de años en que mis experiencias de niña quedaron en el olvido. Intenté huir de Dios y dedicarme a una actividad extracurricular más conocida como andar de fiesta en fiesta. Besé a demasiados muchachos, tomé demasiada cerveza, la pasaba muy bien, pero era una diversión superficial, porque en el fondo sabía que esa vida de parranda no era para mí. Regresé a la rutina que había aprendido cuando tenía ocho años y comencé a leer nuevamente la Biblia.

Ha pasado más de un decenio y todavía quiero conocer a Dios. El deseo no se ha enfriado. A veces me he dejado llevar por otros deseos. Demasiadas ocupaciones. Amores menores. Pereza. La tentación de dejar que otro haga el esfuerzo de explorar las ricas reservas de las Escrituras.

Con demasiada frecuencia me encuentro tentada a vivir distraídamente. Ustedes ya saben a qué me refiero: a llevar una vida dentro del trajín de la cual todavía tenemos fuerzas para levantarnos, sentarnos, cantar, aplaudir y asistir regularmente a la iglesia; depositar un cheque en la ofrenda; esperar que el sermón semanal nos permita vislumbrar una nueva sabiduría, comprensión o percepción; y cumplir más o menos con una serie, no muy larga por cierto, de buenas obras. De alguna manera, se supone que debo sentir que tengo una vida consagrada a Dios.

Yo no lo siento.

Entonces es cuando siento las punzadas del hambre en mi alma, esos quejidos que me dicen que tiene que haber algo más. Aun en las cosas más ordinarias, de pronto me doy cuenta de que quiero más de Dios. Seguramente no soy la única persona que se desvela en la noche y se pregunta: *¿Esto es todo?* No puedo ser la única que observo la mesa al parecer bien servida con todo lo que este mundo tiene para ofrecer y pierdo el apetito, porque a pesar de un sinnúmero de provisiones, amigos y actividades —muchas de las cuales no son solo buenas, sino que hasta podrían clasificarse de espirituales— no consigo quitarme de encima el sentimiento de que tiene que haber algo más.

El hambre me dice que Dios es mucho más; me queda mucho por descubrir.

El clamor del hambre me dice que la vida que Dios me da no se limita a esto.

El hambre me recuerda que hay más.

Quiero encontrarlo. Pero, ¿cómo hago para saber el camino?

Cuando reflexiono en lo que ha sido mi vida hasta ahora, en el camino recorrido, me doy cuenta de que el hambre espiritual, la posibilidad de amar y anhelar una relación con nuestro Creador, no es solo el principal mandamiento de Dios, sino que es también el don más grande que él nos regaló. Es la clase de deseo que movió al salmista a preguntarse no solo: «¿A quién tengo en el cielo sino a ti?», sino a responder: «Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra».

Por eso comencé a orar pidiendo hambre espiritual, y no he parado de hacerlo. A medida que mis oraciones llegan al cielo, no puedo dejar de reflexionar sobre mi propio viaje espiritual ni de preguntarme cuánto conozco verdaderamente a Dios y cuánto de él acepto sin más, al confiar en la palabra de otros o sencillamente descartarla de plano. Si Dios es de gran corazón, ¿por qué tiendo a vivir con los puños cerrados? Si es inusitadamente locuaz, ¿por qué no me tomo más tiempo para escucharlo? Si es profundamente misterioso, ¿por qué, entonces, no me resulta intrigante?

En el silencio de mi alma no puedo dejar de preguntarme: *¿Cuánto conozco de verdad a Dios?*

Si me cruzara con él en la calle, ¿lo reconocería? Con toda humildad, y para ser brutalmente sincera, no lo sé.

Estas revelaciones me sacuden hasta lo más íntimo de mi ser. Recuerdo vívidamente el día en que una mujer mayor,

a la que apenas conocía, cuando se enteró de mi apellido, me preguntó si mi madre era judía.

— No, solo mi padre, — le expliqué.

— Bueno, entonces tú no eres judía — respondió —, porque para que lo seas, tu madre debe serlo también.

Quedé desconcertada. Tenía un padre judío, mi abuela judía había huido de Polonia a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y sabía hacer un buen plato de sopa de bolas de *matzha*. Incluso mi mejor amiga era judía. ¿Qué más había que hacer para ser medio judía?

Sin embargo, esa mujer entrometida estaba en lo cierto. El judaísmo ortodoxo adopta la ascendencia matrilineal: la identidad judía de un niño se transmite por línea materna. Solo hace poco tiempo el movimiento de reforma dentro del judaísmo adoptó la ascendencia patrilineal. De todos modos, todavía exigen que el niño se críe como judío, lo que no se ajusta a mi caso.

El incidente me hizo sentir como una «bastarda» espiritual. Cuando el efecto paralizador de la conversación se moderó y mi madre me tranquilizó diciéndome que era una digna hija de mi padre, quise comprender todavía más cómo se entrecruzaban estos dos mundos: la descendencia judía y la educación cristiana. Además, me dejó con más hambre de Dios. ¿Qué significa ser un hijo de Dios? ¿Cómo afecta eso mi identidad, mi conducta, la esencia de lo que soy? Sabía que Dios era el único que podía tener la última palabra.



En lo más profundo de mi ser todavía ansío una relación verdadera y pura con el Dios sin agregados: el único y ver-

dadero Dios. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob. En él se encuentra el maravilloso misterio de la Trinidad. Él es Padre, Hijo y Espíritu Santo, una esencia luminosa en donde no hay sombra de variación, alimentada por la relación eterna y dinámica de las tres personas que viven y aman completamente libres de toda necesidad o interés propio.

¿Por qué describo a Dios como orgánico o sin agregados? Porque me doy cuenta de que mi entendimiento de él está bastante contaminado. Tengo conceptos preconcebidos, prejuicios e ideas con respecto a él. Tiendo a preferir ciertas porciones de las Escrituras sobre otras. Tengo la mala costumbre de leer algunas historias y pensar que no tienen nada nuevo que ofrecerme, como si ya conociera el final de la película, y con ello le niego a Dios la facultad de hablarme de nuevo a través de ese pasaje. Como si todo esto fuera poco, debo admitir que la mayoría de las veces lo pongo en compartimentos herméticos. Me siento más a gusto con Dios en algunas partes de mi vida que en otras. La oración, el estudio bíblico, la memorización de las Escrituras, la meditación y otras disciplinas espirituales se convierten en una retahíla de obligaciones que descarto a medida que las cumplo, en vez de saborearlas y reflexionar sobre las mismas. El resultado es que mi entendimiento y percepción de Dios se nubla, como esa neblina lúgubre de contaminación suspendida sobre la mayoría de las grandes ciudades. La persona en el centro de la ciudad, al levantar la mirada hacia el cielo, no siempre es consciente de cuán alterada está su visión y percepción por causa del humo. Si no fuera por los síntomas, como el ardor en los ojos o las advertencias oficiales de los científicos o los medios de comunicación, tal vez nadie se percataría de la gravedad de la contaminación.

Por eso describo a Dios como orgánico o sin agregados. Si bien esta es una palabra asociada a los alimentos cultivados

sin fertilizantes o insecticidas químicos, la palabra *orgánico* también se usa para describir un estilo de vida: simple, saludable, próximo a la naturaleza. Me agrada tener todas estas cosas en mi relación con Dios. Quiero simplicidad. Quiero acercarme a él con la fe, el entusiasmo y la admiración de un niño. Anhele tener más que vida espiritual, quiero salud espiritual para no solo renovar y restaurar mi alma, sino para ser una fuente de refrigerio para otros. Y quiero estar más cerca de la naturaleza, no tanto de los peñascos o de la costa, mas sí de la naturaleza de Dios obrando en y por medio de mí. Esa vida animada por él me obliga a distanciarme de toda posibilidad de crecimiento instantáneo y a echar profundas raíces en el suelo de la formación espiritual que solo encontramos en Dios.

Natural. Pura. Esencial.

Quiero redescubrir a Dios, renovar el conocimiento que tengo de él. Quiero que mi amor por él se reavive para que mi corazón brinque de solo recordarlo. Quiero una verdadera relación con él, una relación no adulterada por perfumes, aditivos, sustancias químicas o saborizantes artificiales que prometen endulzarlo, hacerlo más ácido o más sabroso de lo que es. Quiero conocerlo para que se me revele en toda su plenitud. Quiero una relación verdadera, auténtica y dadora de vida aun cuando duela. Quiero conocerlo despojado en lo posible de toda percepción falsa. Dicho viaje implicará riesgos, sinceridad, incluso dolor, pero me consume el hambre y estoy desesperada por emprenderlo. Quiero conocer al Dios sin agregados.

Tengo la impresión de que cuando Dios despierta en nosotros un deseo vivo o la curiosidad de conocerlo, debemos actuar — y rápido —, porque esas ventanas de oportunidad podrían pasar y pronto volveremos a estar satisfechos con los manjares que el mundo nos ofrece en vez de anhelar el

mundo venidero. Sabía que tenía que hacer algo... pero, ¿qué era?

Decidí leer de nuevo el libro que Dios me dio. Es posible que tú también cuentes con un ejemplar. Por lo general, cuando le regalo un libro a alguien, me agradaría cultivar una relación con esa persona, conversar con ella, intercambiar ideas y crecer juntos. Regalar un libro es un esfuerzo concreto por procurar una relación más intensa... para profundizarla, enriquecerla y ampliarla.

Después de haber reconocido que no puedo amar lo que desconozco o aquello que nunca experimenté, emprendí mi viaje para conocer más a Dios. Comencé con la lectura de los principales libros del Antiguo Testamento y todo el Nuevo Testamento, y registré todos los versículos que describían una característica o atributo de Dios. Como se imaginarán, llené docenas y docenas de páginas. De paso, encontré aspectos inimaginables de él.

En cierto sentido, el viaje para conocerlo no difiere mucho de un primer encuentro con un desconocido. Quiero conocer cómo es Dios, qué cosas le interesan. Quiero conocer qué cosas le agradan y cuáles le desagradan. Quiero saber qué lo entusiasma y qué lo desmotiva. Quiero volver a enamorarme de él. Quiero conocerlo.

A través de las Escrituras, Dios nos invita a descubrir las maravillas de Jesús que brillan en sus páginas. Pero eso requiere de esfuerzo. Es como pelar una naranja: la lectura de la Biblia a veces parece complicada, engorrosa y pesada. Pero cuando mordemos la pulpa jugosa... ¡qué delicia de sabores encontramos!

Y mientras nos deleitamos con esos sabores, los nutrientes alimentan nuestra alma. Con las enzimas del Espíritu San-

to, sin notarlo, automáticamente asimilamos como por milagro las palabras sobre la página, mientras ellas transforman nuestras acciones e incluso nuestras actitudes. En efecto, el libro que Dios nos dio es único y excepcional. Él parece más interesado en la transformación que en la simple información. Si miras con detenimiento, notarás que a través de todas sus páginas hay una invitación a conocer al autor.

La verdad es que Dios resplandece. Su gloria ilumina los cielos. Jesús, por su misma naturaleza, es radiante. Aquel que es la luz del mundo no contiene ninguna sombra. Y el Espíritu Santo anuncia el amanecer espiritual en nuestra vida. Como las luciérnagas del océano que estimulan nuestra imaginación para adentrarnos en otro mundo, la verdad de Dios nos convoca a adoptar la plenitud de vida para la que fuimos creados. Con la mirada puesta en él inevitablemente seremos más radiantes.

La inmensidad. La belleza. El poder. El esplendor. La gloria. Es como la luminiscencia que comienza a subir a la superficie.

*Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro
a la dirección que aparece a continuación.
Muchas gracias.*



*Vida@zondervan.com
www.editorialvida.com*